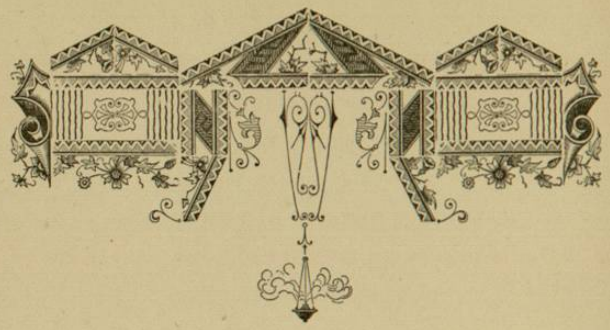
Los lagos de Méjico
Libro primero del poema latino intitulado
Rusticatio Mexicana del P. Landívar



PARAFRASIS

Disfrace con retóricas figuras
El otro su palabra y pensamiento;
Porque ninguno intente
Penetrar en latebras tan obscuras
Y á su mente confusa dar tormento:
Ora conceda raciocinio al bruto,
Ora suave acento;
Ya de armas nos presente el campo hirsuto;
Ya debelada la extendida tierra
Por el furor de asoladora guerra.

A mí me agrada sólo, del nativo
Suelo ferace recorrer los prados
Al impulso de vivo
Patrio amor, y los lagos azulados
De Méjico; y de Flora á los serenos
Huertecillos flotantes

De amapolas y lirio y rosa llenos
Ir en canoas leves y sonantes.
Ya la cumbre negruzca del Jorullo
En donde impera el sículo Vulcano,
Ya los arroyos que con blando arrullo
Del monte bajan á regar el llano
He de cantar, la púrpura de Tiro,
Y el añil que reviste al campo ameno,
Del castor los palacios, y las minas
Que esconde Anáhuac en su virgen seno;
Y las cándidas mieles
Que del azúcar la jugosa caña
De Méjico produce en los vergeles,
Y que ávido el colono
Se apresta diestro á condensar con maña
De rojo barro en quebradizo cono.
Y he de cantar los tímidos rebaños
Que en este suelo pastan esparcidos;
Y los murmurios de la clara fuente
Siguiendo su corriente;
Las costumbres de tiempos fenecidos;
Y las variadas aves,
Los sacrificios, y los juegos graves.

Debía, lo confieso,
Antes vestirme con luctuoso manto;
Verter amargo y silencioso llanto

Y sucumbir de mi dolor al peso.
Que, mientras nazcan flores
De las colinas en las rampas bellas
Y emitan luz radiosa las estrellas,
He de llevar conmigo mis dolores.
Mas ¡ay! que aun me obliga
De la bárbara suerte la enemiga
Y cruda mano que sus rudos tiros
A mí dirige, en el llagado pecho
A reprimir el duelo y los suspiros.
¿A qué fin exhalar tristes querellas? . . .
Antes mejor á la serena altura
Del Pindo subiré, y al rubio Apolo,
Caudillo de las Ninfas y ventura,
Invocaré tan sólo.
¡Alguna vez apártase del suelo
El alma herida por buscar consuelo!

¡Tú, docto Cintio, que con mano amiga
El plectro mueves, y á las Musas sacras
Enseñas á entonar dulce cantiga,
Tú, á mí, que narro cosas verdaderas,
Que alguien, por raras, juzgará quimeras,
Sé propicio; y, llamado,
Tu acento dame suave y regalado!

Existe una Ciudad al Occidente,
Lejos de aquí, del mundo conocida

Con el nombre de Méjico; esplendente
Es su cielo, muy amplia y concurrida;
Famosa por sus ínclitas proezas,
Por sus hijos, su clima y sus riquezas.
En otro tiempo domeñó orgullosa
Sin sombra de litigio
A la casta del indio recelosa
De fe, entusiasmo, y de valor, prodigio.
El español ahora
A las razas y pueblos subyugando
En guerra pertinaz y asoladora,
El cetro empuña del supremo mando.
A esta Ciudad limpísimas rodean
De dos lagunas las cerúleas aguas
Donde á impulso del remo culebrean
Las ligeras y gráciles piraguas.
No intento en mis cantares
Hablar de todos los pequeños mares
Que distan de la corte; pues no todos
Acogen en su seno tantos ríos,
Ni pueblan sus orillas y recodos
Peces sin cuento de luciente escama,
Ni flotan en su tersa superficie
Tantos jardines de luciente grama
Y de flores innúmeras vestidos,
Ni el aleteo escuchan y graznidos,
De ánades mil que pazcan á su margen;

Sino de aquellos lagos que colora
De púrpura la Aurora,
Y el claro Febo al asomar la frente
Sobre los montes del risueño Oriente,
Con rayos de oro próvido ilumina
Cuando al venir el aterido Invierno
Al austral polo lánguido se inclina.
Y aquel canal que viene serpeando
Sin cesar, y al comercio favorece,
Sus márgenes de espuma salpicando
Y que resbala blando
Delicia de los dulces moradores
Ya que la orilla se corona en flores.

A ellos vecinos, cabe la ribera
Levántanse dos pueblos que renombre
A estas lagunas dieron;
El uno es Chalco, llámase Texcuco
El otro, porque entrambos recibieron
De la lengua vernácula su nombre.
De un lago, más que de otro, preferidas
Las aguas son, que míranse adormidas
Acoger á las cóncavas chalupas,
Y á la ciudad envuelta en gasa leve
Circunvalar en forma de muralla;
Porque aquellas de Chalco son más puras,
Más dulces, y á los mansos habitantes

De Méjico, ella nutre
Con las mieses y cármenes flotantes
Que en sus riberas cría
Y es primer gloria de inmortal valía
Y ornamento del campo cultivado.

En su álveo extenso las amenas aguas
Encierra y dulces; porque allí atesora
La que le entra por cauces escondidos
Linfa tranquila ó turbia y bullidora,
Y otros sin nombre limpios arroyuelos;
Y cien undosos ríos
Que desconfianza infunden y recelos
Al valle con sus ímpetus bravíos.
Allí no imperan el sañudo Bóreas
Y el Austro nebuloso;
Ni el Céfiro feliz y Euro rabioso
Se retan en aquellas soledades
Líquidas, á la lucha, desatando
Las sombrías y roncas tempestades;
Sólo se escucha allí murmurio blando;
Los vientos, de reinar sin esperanza,
Se encierran en sus antros; mientra impera
Sobre las linfas plácida bonanza.

Y aun cuando el valle truécase de Chalco
En líquida llanura, dulce fuente
Brota en el centro en medio de las olas

Callada y transparente;
Y á la cual no colora de la orilla,
Aquella indócil y bermeja arcilla,
Ni de campos vecinos y lodosos
La afean aluviones cenagosos;
Sino que es incolora, pura, clara,
Y tanto que las guijas de su seno
Puede mirar cualquiera, y ¡cosa rara!
Aun numerarlas. El arroyo ameno,
Al brotar del abismo, con gran fuerza
Gélida el agua arroja
Y las aguas del lago desaloja
En círculos que míranse menores
Y se alejan haciéndose mayores.
Como en tiempos remotos el Alfeo
Argivo, que en sus áridas riberas
Después de hundirse, por el antro obscuro
Con rápido y eterno culebreo
Resbala bien seguro
Y ansioso en medio de las sombras fieras,
Muy debajo del piélago bravío
Y de las olas vanas
Sin escuchar el rebramar impío,
Hasta no ver las tierras sicilianas
Y salir, oh Aretusa, por tu boca
Y revestirte de argentada toca;
No de otro modo viene aquella fuente

Con lánguida corriente
Por debajo las tierras socavadas
Hasta aspirar las auras deseadas.
Pero, de dónde fluya y tome origen
Aqueste manantial, por qué se elevan
Al nacer, y entre sí rabiosas bregan
En grato desconcierto
Las claras linfas, es del todo incierto.
¿Ni quién negar ó defender podría,
Que el aire en las secretas cavidades
Se satura de aquellas humedades
Y en varias gotas, luego que se enfría,
Se condensa, y las frondas
Salpica de la grama; rueda al suelo;
Allí se embebe, y en cerúleas ondas
Abajo nace en forma de arroyuelo?
¿O que las linfas de la mar salobre
Se recalan tal vez en las cavernas
Tenebrosas internas
Y luego suben su nivel buscando
Por angostas y fáciles rendijas
El sabor amarguísimo dejando
Entre la arena pedernal y guijas
Hasta fluir encima la llanura
Haciendo rebosar lagos y fuentes,
Al heno humilde y árboles ingentes
Dando incremento, júbilo y verdura?

¿O que tal vez de los excelsos montes
Donde se apoya el cristalino cielo
Vistiendo los azules horizontes
De húmedas nubes y albicante hielo
Tomen origen las lagunas vastas
El manantial y plácido riachuelo?
Y aquesta es la sentencia
Que confirman acordes la experiencia
Y el razonado parecer de aquellos
A quienes ocultó la recelosa
Madre Naturaleza
De sus arcanos la eternal grandeza,
De sus obras la serie portentosa;
Pues ni á nosotros reveló clemente
El origen excelso de esta fuente.
Porque, aunque el llano, de las crespas olas
Divide las montañas, y collado
Ninguno se levanta resguardado
Y de grama vestido y frescas violas,
No á muy larga distancia
Dos montes llevan la orgullosa frente
Hasta llegar al cielo refulgente
Y con denuedo é insólita arrogancia
Amenazarle. En la brumosa cumbre
Nieve y hielos entrambos atesoran
Que en el espacio el Aquilón coagula

Y en muchas millas pródigo acumula.
Estas nieves y hielos, á la lumbre
Del claro sol liquídanse y del viento
Al raudo soplo; buscan el asiento
Del monte, y gota á gota en las cavernas
Se infiltran; abren brecha por un lado
De aquellas ígneas y trementes fraguas,
Y salen en ejército formado
A debelar á las palustres aguas.

Hay otra maravilla
Insigne, insueta, de ínclito renombre
Y que entre todos los prodigios brilla:
Una alta cruz de níveo y duro mármol
Del artista labrada por la diestra
Y que pulida y diáfana se muestra,
De aqueste manantial en lo más hondo
Tan bien plantada en el cerúleo fondo
Que no hay fuerza á arrancarla suficiente.
Mas, qué indiquen aquestos monumentos,
Y cual sea su origen venerable,
Nada dicen, y en niebla impenetrable
Se envuelven los antiguos documentos.
Al ver este prodigio el círreo Apolo
Deje en silencio á la Castalia fuente;
De Aretusa feliz las castas linfas

Que al pie resbalan de palustres frondas,
Y las líbicas ondas
Desdeñe altivo Júpiter potente;
Enmudezcan los númenes sombríos
De los espúmeos y sonoros ríos;
Y la fama en sus himnos inmortales
Celebre de contino
De Méjico los límpidos raudales
Y el claro nombre que le dió el destino.

Apresuraos ahora,
Ya que el cielo benigno nos concede
Mares que el Noto alborotar no puede
É invitan á la turba bullidora
De flotantes y angostos barquichuelos;
Yo, más osado, mi veloz barquilla
Quiero amarrar de la verdosa orilla
Por ver de Flora los nadantes huertos
A que los indios hábiles y expertos
Han llamado *Chinampas*. Tú, entretanto,
Oh de Favonio peregrina esposa,
Que ceñida de juncos, mirto y rosa,
Al desplegar la orla de tu manto
A la mustia pradera
Das con las flores júbilo y encanto,
Dime, te ruego: ¿quién, sobre las aguas
En prados flotadores

Sembró hortalizas, árboles y flores?
¿Quién ha trocado en fértiles praderas
Estos pequeños y tranquilos mares
Cuando vistes de fruta los pomares?

Los antiguos primeros mejicanos
En medio de la frígida laguna
La gran Ciudad establecer ufanos
Quisieron, con tan próspera fortuna,
Con tal habilidad, que andando el tiempo
Fué, por su bizarría,
El centro de esta grande Monarquía.
Mas ¡ay! con tal empeño, con tal fausto
Los templos de sus dioses erigieron
Y palacios y alcázares subieron
Y alminares al éter zafirino;
Tanto, que en breve, la industriosa gente
Sufrida, humilde, dócil y valiente
Más que otras razas á aumentarse vino,
Que al rey de Atzcapotzalco, á quien pagaban
El tributo, recelos inspiraban.
Este monarca bárbaro nutría
Un fuego que aumentaba por instantes
Al ver multiplicar los habitantes
De Tenochtítlan que á la par crecía;
Y por eso revuelve la manera

De aniquilarlos, y un tributo nuevo
Les impone, que era
Sobre sus fuerzas ¡hórrida quimera!
Les manda que le lleven sin demora
Sobre las linfas odorantes huertos
Sembrados con los frutos que atesora
El Anáhuac, y de árboles cubiertos;
Y que, si rehusaban
Obedecerle ¡situación horrible!
Porque tal vez creyeran imposible
Sus órdenes cumplir, arrasaría
A la ciudad; llevando sus furores
Al grado de amagar con muerte impía
A los inermes tristes moradores.
A los cielos alzaron sus gemidos
Todos ellos confusos y afligidos,
É hicieron resonar con sus lamentos,
Mesando la erizada cabellera,
Los templos de sus númenes sangrientos.
Mas, tantos males evitó prudente
La rara habilidad de aquella gente.

Fiados en su ingenio y en la fuerza
De sus robustos varoniles pechos,
A la obra se dedican;
Dejan sus ondas y pajizos techos;
En los breñales hórridos se implican

Buscando en los senderos tortuosos
Flexible esparto y árboles frondosos.
A cada cual con admirable tino
Su labor le señalan ofreciendo
Por recompensa premio no mezquino.
Unos desprenden las torcidas ramas
De tiernos mimbres; otros las barquillas
Llenan con ellas y con rubias gramas;
Y estos, á remo, las crujientes quillas
Conducen á las plácidas orillas.
Hierve el gentío, se fatiga y suda;
Y el entusiasmo noble
A ver concluida la labor ayuda.
Después que el pueblo con maduro examen
Formó el acervo de madera y mimbre,
Unidos todos, con delgadas hojas
Y con tenaz esparto en vez de urdimbre,
A costa de fatigas y congojas,
Largas alfombras ávidos tejieron
A oblonga estera en todo semejantes;
Muy cerca de los muros las abrieron;
Y aquí y allá dejando vastas sendas
En el lago salobre las tendieron,
Y por que no los vientos procelosos
Esparzan, ó se lleven las turgentes
Bravas olas los cármenes nacientes,
Ponen debajo de nudosos robles

Vigas ingentes y atan las esteras
Al grande peso que las tiene inmobles.

Apenas los felices mejicanos
Vieron la obra terminar ufanos,
Encaminaron las agudas proras
A la florida virginal ribera,
Y desprenden los céspedes gramosos
Que podían trocarse en sementera.
Y no de otra manera
Discurren por los campos aromosos
Encima de los frescos lauredales
Sin temer lluvias, vientos y calores
Libando el néctar de las tiernas flores
Al henchir, los enjambres sonorosos,
Sus nuevos y dulcísimos panales.
Con el césped recargan las canoas
Y ágiles vuelven las hundidas proas.
Y sobre las esteras, sin tardanza
Las glebas tienden, que el fecundo arado
No sintieron y que eran su esperanza.
Y arrojan luego la húmeda semilla
Sobre la rica preparada arcilla;
Siembran acá sobre flotante prado
Blondo maíz, que es dádiva de Ceres;
Allá hortalizas; ni por esto faltan
Hermosos y amenísimos jardines

De juncos, lirios, trébol y jazmines,
Que Roma antigua consagró á Citeres,
Y el terso lago esmaltan;
Y son el reino donde Flora impera
Y asilo de la dulce Primavera.
Flotar apenas asombrados vieron
En medio de las olas
Los campos de hortaliza y ténues violas,
De su labor ufanos más se unieron
Y la rienda soltaron á porfía
A la expansión, contento y alegría;
Y á remo, encima de las linfas claras
Los jardines llevaron
Y el difícil tributo al rey pagaron;
Prudentes reservándose otros huertos
Que de Flora á las gemas añadieran
Los gratos dones de la madre Ceres,
Y de su industria monumentos ciertos,
Al guardar de aquel hecho la memoria,
Y de su ingenio, en las edades fueran.

Y si un ladrón el huertecillo daña,
O el cruel viento al madurado fruto
Derriba acaso con temible saña,
El indígena astuto
Sobre las aguas el flotante prado
Conduce á otro lugar más abrigado

Y aquellos males precavido evita.
Cada uno guarda con tenaz empeño
Su pequeña heredad que flota leve
En aquel lago fértil y risueño.

La tierra firme de la verde orilla,
De estos campos flotantes la riqueza
Tan singular, conoce que le humilla
Y los ve con un aire de tristeza;
Mas, yergue la cabeza
En olmos y cerezos coronada,
En peros encorvados por el fruto,
En cedros y laurel y pino hirsuto,
En encina sombrosa y levantada,
Y en púnico manzano;
Y siempre, en competencia con los huertos,
Se viste con las galas del Verano.

En ese bosque moran tantas aves
A la sombra tenaz de la arboleda
Que siempre el aura fugitiva y leda
Se complace en llevar los ecos suaves.
Allí la turba alada
Y de vivos colores matizada
El aire hiende con dorada pluma;
Ora se ciernen en el hondo espacio,
Ora en la orilla, de brillante espuma

Bañada, sueltan el sabroso trino;
Allí el gorrión divino
De roja cresta embelesado canta
Y al cual las plumas del erguido cuello
Por ser sanguíneas tórnanle más bello.
Allí revuela del excelso coro
De pájaros el rey, insigne y claro
Por las voces innúmeras que avaro
Encierra en la dulcísima garganta
Pues que en verdad no hay otro más canoro,
El *cenzontle*, que fué desconocido
Del Viejo Mundo, y que la voz remeda
Del hombre, de las aves, y el ladrido
Del mastín y las blandas inflexiones
Del que entona motetes y canciones
Tañendo el harpa con dorado plectro.
Ahora forma musical escala,
Ahora chilla cual rapaz milano,
Ya maya como gato y abre el ala
Y el són remeda de clarín insano
Y ya ladra festivo, gime ó pïa
Trémulo y débil cual implume cría.
Encerrado en la jaula se consuela
Y alegre en torno de la cárcel vuela
Dulcísimo cantando noche y día.
No tanto la llorosa Filomela

De Tereo los crímenes deplora
Bajo la sombra de álamo tardío
Llenando el bosque con su voz sonora,
Como el *cenzontle* cabe fresco río
Regocija, cantando, la ribera
Y los arbustos de feraz plantío.

Al asomar la dulce Primavera,
Cuando los leves prados nadadores
Se coronan en flores
Y los campos se visten de esmeralda
Y frescas rosas de carmín y gualda,
Frecuentan estas plácidas orillas
Y estas ondas los nobles mejicanos
En pequeñas y frágiles barquillas.
Entran por grupos en los barcos leves
Con doble remo, el ánimo espaciando
Con el acorde blando
De la ronca dulcísona guitarra,
A la cual flébil Eco
De los antros obscuros do se esconde
Con voz débil y opaca le responde;
Y la ardua selva por el canto herida
De los amantes las palabras suaves
Resuena embebecida.
Y se retan ya entonces á la justa;
A quien rema mejor, y más ligero

Conduzca las levísimas piraguas:
Al estruendo de aplauso lisonjero
Parten rizando las cerúleas aguas
Y se alejan, llevados de la gloria
Por el deseo, á sitios muy distantes
Hasta que alguien de aquellos contrincantes
Se ciñe con el lauro de victoria.
Y van en derredor de las chinampas
Ufano el vencedor y los vencidos
Siguiendo alegres las torcidas calles
Entre pequeños flotadores valles,
O en sus barcos resbalan embebidos
Cerca de las riberas sinuosas
Salpicadas de flores olorosas.
Como el cretense y prófugo Teseo
Logró dejar los senos horrorosos
Y los dinteles recorrió engañosos
Del laberinto con falaz rodeo,
Así las calles por hallar se afana
Errante por los huertos nadadores
La juventud de Méjico galana.

No escasean algunos que se gozan
Bajo aquel limpio y refulgente cielo
En prender á los peces que allí nadan
Con el combado y formidable anzuelo.
Ya que dejan los huertos y la orilla

Y á donde más se explaya la laguna
Con grácil remo llevan su barquilla;
Muy cautamente prenden en el hamo
El fatal cebo; pende de una caña
El hilo que sumergen en un tramo
Entre ninfeas, juncos y espadaña;
Le arrojan á los peces, y en silencio
Esperan: pronto los volubles peces
En derredor del cebo se aglomeran
Sin osar engullirle; se zabullen
Y ocultan en los líquidos dobleces
Del fondo obscuro; tornan y superan
La clara linfa en cuyo seno bullen;
Y van y vienen por igual camino
Hasta que al fin se rinden á su sino
Y en el cebo engañoso y atrayente
Clavan ¡incautos! el pequeño diente.
Levanta el pescador á la aura pura
La caña sin demora
Y le ciñe la turba bullidora
De socios que á aplandirle se apresura.
Azota el pececillo moribundo
Con las alas y cola la barquilla,
Mientras con otras férulas delgadas,
Con el cebo mortífero aparadas
Vaguean otros por la verde orilla;

BIBLIOTECA CENTRAL

Y vese á medio hundirse la canoa
Bajo aquel peso; júzganse dichosos
Los pescadores; y, llevando ufanos
La hermosa pesca, sus hogares buscan,
(Cuando la estrella entré arreboles arde)
Envueltos en las sombras de la tarde.

Mas, luego que se aplaca
Aquel tumulto y entra vocinglera
La turba en la ciudad, y con su opaca
Veste ruidosa el Ábrego acelera
La fuga de la virgen Primavera,
Agrada recorrer aqueste ameno
Campo abierto de espléndida hermosura
A los que alienta el corazón sereno,
A los que abate fúnebre amargura,
Y á los que inquieren del saber amantes
De Minerva las plácidas labores.
Estas risueñas y húmedas orillas
Sembradas de laurel y manzanillas
Acogen á menudo á los poetas
Que aquí surten sus mágicas paletas
Dejando oír sus cantos seductores.
Aquí lloraba en versos armoniosos
De Cristo las heridas y afrentosos
Rudos tormentos y tremenda muerte

Llevado del más noble y verdadero
Amor etéreo y fuerte
El piadoso y melífluo Juan Carnero.
Aquí con estro sacro
El gran Abad mil himnos de alabanza
Cantó al Señor. Con voces de matanza
Asordaba estos campos y riberas
El docto Alegre, el hado de Peleo
Al lamentar y las batallas fieras,
De Apolo con el arte y el de Orfeo.
Por esta orilla, de los pardos troncos
Carcomidos y broncos,
Zapata y Reyna y Alarcón, famado
Por su coturno, los gloriosos nombres
Grabaron en la rígida corteza
Al menear el plectro delicado
Y desparcir su bárbara tristeza.
Mas al tañer la célica Sor Juana
Su ebúrnea lira, el estruendoso río
Paró su curso, y en el bosque umbrío
De aves canoras la caterva ufana
Los trinos melodiosos suspendieron;
Y las rocas ingentes se movieron.
Y porque no á las Musas negra envidia
Atormentara, y por mayor decoro
Fué incorporada al aganípeo coro.
Jamás el cisne de plumón nevado

Embriagó con tan blandas melodías
Al deleitoso y floreciente prado,
Ni, moribundo en los undosos giros
Del meonio Caistro, tantas armonías
Supo unir con tan lánguidos suspiros.

Mas ya se encauza y fluye impetuoso,
Y en río ingente, el apacible lago
Encierra toda el agua que fecunda
Los dulces campos; y huye perezoso
Cortando la ciudad y sinuoso
Su curso sigue y la ribera inunda
De guijas y peñascos erizada
Y en la laguna arrójase salada;
Semejante al Jordán que su agua infunde
Dulce y pura en el seno del Mar Muerto
Y en la asfáltica linfa se confunde.
Pues aunque en las llanuras de Texcuco
Limpios arroyos brotan por doquiera
Y se nutre la pérfida laguna
De aguas dulces, pletórica aglomera
Tal cantidad de sales en su seno
Que las linfas corrompe, y las orillas
Torna infecundas su letal veneno.
Míranse allí las hierbas, amarillas
Y siempre enfermas; árboles y arbustos
Nunca descuellan verdes y robustos;

Sus frutos no produce naturales
La tierra blanquecina; y los rebaños
No á la sombra de vides y castaños
Tronzan la flor de plácidos gramales.
Quema la sal los campos anchurosos
Y aleja el agua que se azota impura
Con su fetor, tibieza y amargura
Al cardumen de peces bulliciosos.
Si alguno de ellos atrevido y ciego
La laguna de Chalco tal vez deja
Y un solo instante placentero nada
En la linfa salada,
El mal olor fatígale y aqueja;
Quiere huir, exhala leve queja,
Sube y aspira el aura, y muere luego.

Y es cautelosa: engaña esta laguna
A las leves barquillas y canoas
Que se confían. Al mostrar la frente
El padre Febo sobre el mar de Oriente
Haciendo huir á la llorosa luna
Y á las estrellas, de color de lila
Sus ondas son, y muéstrase tranquila;
Pero no bien envuelve en negra sombra
El sol la falda del occíduo monte
Y cansado se inclina al horizonte,
Cuando rabioso el Austro se alborota,

La agita, y sus espumas en la playa
Salobre y nuda enfurecido azota.
Ya se abre abajo de la barca leve,
Ya se infla rauda y sube á las estrellas,
Y la piragua herida
Por la negra laguna embravecida
Se desata en gemidos y querellas,
A la par con los nautas previsores
Que se esfuerzan y gritan asustados
Y fatigan á Dios con sus clamores.
Y si el timón, solícito el piloto
No dirigiera á la segura orilla,
Sumergirían los adversos hados
Nautas y barcos en sepulcro ignoto.

Aqueste lago encubre su falacia
Con cierto aire de gracia:
Él, de Chalco la límpida laguna
Se bebe á más beber, por el ameno
Ancho canal, y de incontables fuentes
Que fluyen á él, las linfas transparentes,
Guarda ambicioso en el avaro seno,
Sin permitir jamás que gota alguna
Se derrame en los campos. No se llena
Con tantas aguas; nunca satisfecho
Se siente, y ni se mira que rebose
Dejando un punto el cenagoso lecho;

Muy semejante al túmido Océano
Que islas encierra y vastos continentes
Con sus olas, y llama de doquiera
Grandes ríos que laman sus riberas
Y se los bebe gárrulo, insaciable,
Sin que amenacen las hinchadas linfas
Al continente, sin que solo un río
Se escape de él arrebatado y frío
Y sin que abra al comercio nuevos mares.

Nada admirable ofrece el Nuevo Mundo
Más admirable que la astucia y maña
Con que los indios en lo más profundo
Del lago apresan entre junco y caña
Las falanges de patos graznadoras
Que antes cruzaban la región etérea
Sin peligro y las ondas bullidoras
De los lagos de Méjico; las armas
É insidias de los indios no temían,
Y lentamente, sin temor ni alarmas
Por las verdes riberas discurrían;
Y algunas veces gárrulos y osados
Burlaban á los indios desarmados.
Hasta que al fin el natural talento
De aquella raza en la apariencia ruda,
Reprimió tan inicuo atrevimiento.
Crece en los bosques sin cultivo alguno

Pendiente de las ramas y adherida
A los troncos ingente calabaza
Sin meollo en verdad; y que es muy útil
Para cruzar sin riesgo de la vida
Los anchos ríos, y al salir á caza
Para llevar el confortante vino
Y atenuar las fatigas del camino;
Suele escoger de entre estas las mayores
Astuto el indio; luego las arroja
Encima de las ondas cristalinas
Y donde más los patos nadadores
Exentos de congoja
Desparcen y quebrantan las verdinas
Palustres hierbas. Treme horrorizado
El ánade infeliz; de aquellos monstruos,
Con graznido lloroso y prolongado,
Huye al punto; y la turba lastimera
Asorda con sus gritos la ribera.
Pero al mirar que flotan y vaguean
Sin causar ningún daño,
Deponen el pavor y se recrean
En el común y deleitoso baño.
Van de los patos una y otra mole
En derredor, mas ellos no las temen
Y en medio nadan de su tierna prole.
El indio astuto, entonces con presteza

Adapta á su cabeza
Alguna calabaza igual en todo
A las que vense con impulso blando
Encima de las aguas ir nadando;
Entra en el lago y húndese hasta el cuello,
Y envuelto con las olas se adelanta
Sin alejarse de la orilla amena
Y hollando el suelo con aleve planta.
La falange de patos ve serena
Llegar aquel estorbo; entonce el indio
Alarga allí la codiciosa mano
Y de los pies afiánzalos ufano;
Los sumerge en el agua adormecida
Sin distinción; sin que la obscura fraude
Adivinen, los priva de la vida.
¡Tal es la habilidad de aquella gente
Que estúpida reputan é indolente!

BIBLIOTECA CENTRAL